

LA ROSA BLANCA

Por Manuel LOPEZ PEREZ

Los poetas son sabios. Son dueños de una Sabiduría Canora. Y aunque gastemos inútilmente el espacio, reiteremos que las dos afirmaciones del principio se refieren a los poetas auténticos, no a quienes usurpan su jerarquía llamándose así, o ingeniándose para lograr labios ignaros o mercenarios que los designen con el vocablo sagrado que hace pensar en Esquilo, Homero, Sófocles y Eurípides, en Shakespeare, Cervantes, Dante o Goethe.

Al decir que la obra de los poetas es una obra de Sabiduría, resulta superfluo también, insistir sobre la diferencia establecida desde aquella aurora que fue el pensamiento griego, entre Sabiduría y Ciencia. El poeta maneja un saber que parece residir en el núcleo vital de su psique luminosa, y ante los demás hombres parece que capta los aciertos expresivos, aciertos porque coincide la forma al ser adecuada al mensaje que contiene, con el propósito de objetivación. La obra artística enseña Croce—ha de considerarse como síntesis de intuición e imagen, en la expresión. El hombre de ciencia, el científico, observa, clasifica, hace nomenclatura, legaliza. La ley se origina, en la ciencia, en las notas constantes de los acontecimientos que se investigan, y al definirse, la formulación se inspira siempre en una generalización de las características fenoménicas observadas. El lenguaje que maneja la ciencia, además, es sobrio, austero, árido, en el afán de ser exacto. Los poetas han sido antes y después de la ciencia, porque han creado los ideales y éstos han llevado al investigador a los laboratorios, a la predicación al sacerdote, al sacrificio a los héroes que vencidos o vencedores son consagrados por la gloria, a la Revolución a los pueblos: saber, santidad, heroísmo, justicia y libertad, son bellos ideales.

El sabio que canta —el poeta— es un guía, es un revelador del universo, es un caballero mantenedor del propósito cósmico entre los humanos, es en suma, un embellecedor de la vida, un colaborador de la creación para lograr la conciencia sensible a lo valioso. Por eso la temática del bardo siempre es normativa, tiene que ver con la conducta del hombre —para hacerlo mejor— y de allí el valor social de los artistas y muy especialmente el del poeta. ¿Quién es el ignorante —clamaba Martí—, que considera innecesarios a los poetas?

—Maestro, responderíamos orando ante el Santo de América— ninguna amenaza significa la ignorancia para tus hermanos los poetas. No proviene de ella la afirmación de que “son inútiles” ni aquella otra de que “son parásitos”. El viento malo para los cantores viene de la per-

versidad de quienes, conociendo los altos destinos salvadores del arte, quieren negarlo por mantener a las masas ignaras privadas de la luz del ensueño, de la música de la protesta, de la tea de la denuncia, del rayo de la revolución. Y con refinamiento perverso —eso es la perfidia— no siguen en sus planes de negación un programa de fórmulas categóricas, sino que aviesamente trabajan por llevar el desaliento a las filas de los creadores, y para apagar el trino latente en las gargantas o para chafar la rosa del poema ya entreabierta en el huerto, fomentan el arte falso de los simuladores. Estos son, ¡oh, dulce Maestro!, los enemigos de los poetas, los que no llegan sino a combinadores de palabras clasificadas por sus terminaciones, los que creen que el lenguaje es una sonaja y que lo es para agitarla al paso del poderoso, los que yendo más allá de esta pobreza caen en la ignominia de usurpar el lugar del poeta para hacer uso de su autoridad y sumarla a la fuerza que mantiene a los pueblos en el cepo. ¡Maldita la hora en que el célebre duelo entre el genio de Esquilo y Sófocles fue resuelto por Cimón sin más mérito que haber sido el vencedor afortunado de los piratas! Los adversarios tenebrosos de la libertad y de la justicia han cultivado la mafia de los simuladores, y los exaltan, y los convierten en héroes de la publicidad pagada, y los consagran con absurdas sonoridades de ditirambo, y con desvergüenza los llaman excelsos con la literatura del decreto en los certámenes fraudulentos. Hoy, sin embargo, Maestro, traigo ante ti a un cantor de mi tierra, es un iniciado en los sagrados misterios de la derrota. Vino al mundo a luchar y nada le importa el episodio efímero del triunfo. Su fe es sencilla: cree en Platón, cree en Beethoven y en ti. No ha habido premio para su nimen, pero colmado quedará su empeño, Señor, si tú le otorgas LA ROSA BLANCA, la que cultivaste para tus amigos y para tus enemigos, como galardón dedicado a los fieles a la belleza que no se concibe sin el bien. No se atreve a hablar, pero mi audacia, Señor, recurrirá a tu bondad para que escuches: Estima el poeta que

Las flores, los poetas, las nubes, las mujeres son, —silenciosamente— los más altos seres...

y que
La flor es, por sí misma, una victoria insignie sobre la inarmonía, la disonancia.

¿No es verdad que estas afirmaciones bastarían, como alguna vez dijo Montalvo en los “Ca-

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

LA ROSA BLANCA

SIGUE DE LA PAGINA TRES

pítulos que se le olvidaron a Cervantes", comentando que Sancho había llamado inocente a la mañana, "para que el autor, por menos que eso, fuera coronado en Roma"? Triunfa el que muere y el que deja lleva, cantaba Machado, y la flor fenece y deja aroma, después de mostrarse como un regalo a los ojos, porque ella constituye, quizá, el primer gesto inútil de la naturaleza, el primer logro de ornato, gáya superfluidad, actitud no utilitaria que parece señalar en las cosas la huella de la caricia de un dios, la vigencia de un mandato de belleza. Las nubes que Martínez Soto Mayor, el genial cuentista mexicano, considera como relazos que escaparon al "fiat" de la creación, porque conservan su autonomía para burlar las limitaciones de la forma; los poetas que salvarán al mundo imponiéndole a costa de su sangre la verdad suprema que consiste en vivir conforme a reglas de amor, coreando a Ramón Lull: Y el amigo, que es el alba, murió por el amado que es el alba, a la hora del alba. Las mujeres guardan el secreto de Dios, las mujeres tienen el poder de hacer las arquitecturas estéticas del hombre, son anteriores y posteriores a su destino, son como astros que engendran astros, azucenas que engendran azucenas, alboradas que engendran alboradas. Esto canta mi poeta, Señor.

¿No oís cómo asciende la savia ledamente?

¿No oís su paso, el gozo de alcanzar la corola?

La tierra canta un himno de amor a la amapola.

Alguién sembró besos, ¡oh, divino autor de los "Versos Sencillos"! Y el poeta descubre cómo después de estar bajo la tierra, "in tertio die", como Jesús, convierten en domingos de pascua los días de su brote, y se ofrecen en los labios delicados de la corola. Esto canta mi poeta, Señor.

Las flores en San Angel son luz en los diamantes, compendio de sonrisas y de amorosas brisas...

Las flores mexicanas son lenguas de campanas, campanas ellas mismas... qué; ¿no oís sus hosanas?

El hombre, tierra, polvo, en flor ha trascendido; en los perfumes habla, en los colores grita... grita la raza toda en clamores telúricos, es la canción del alma...

México tiene corazón de corola. Su sangre se muestra en los vergeles, y el poeta entona himnos de aroma místico, al corazón balsámico de la Patria. Por eso habla de San Angel, Señor.

¿No es verdad, Maestro, que este poeta pudo escribir sus versos para tu ISMAELILLO?

Séale pues, propicio tu corazón y tu pensamiento. También tú cantaste a la flor; flor era la Niña de Guatemala, flor era Mary González, flor era tu Patria adorada, y la regaste con tu sangre en Dos Ríos...

Al terminar estas líneas siento que sobre el fondo blanco de la página se va configurando un rostro, el rostro más amado de los grandes hombres de América, y que de los labios finos de aquella boca en que el madrigal alternaba con el apóstrofe, vienen a mi mente estas palabras: Demandándoles el óbolo a los zorzales de nuestros bosques está la tradición canora de nuestra América. Autenticidad debe ser la poesía que descendiendo como las aguas que se deshuelan en las cumbres, refleje en su pureza la pureza de la hermosura celeste. Al cielo aspira la flor, si no es que vino de los cielos dentro del corazón de algún poeta. Santuario de la rosa ha de ser el corazón del bardo. Indra dijo un día —era la niñez de ese día— a la flor de loto que se levantaba sobre las aguas quietas del lago:

—Siento un anhelo de crear y tú sabrás de mi afán, porque mi poder se mostrará en ti. Si fuiste hasta hoy flor en el lago, también serás flor en mi pensamiento. Conviértete a mis ojos en una virgen de singular belleza. Vamos, habla.

Y de la flor azul, tímida y trémula, en pleno milagro, surgió la doncella para expresar al dios creador su agradecimiento por el prodigio:

—Señor, a mi felicidad por el don que me has hecho, tengo que agregar un temor: cuando era flor tenía miedo a la fuerza amenazante de las olas del lago cuando lo agitaban las brisas, tenía miedo al trueno, cuando se desencadenaban las tormentas sobre los altísimos picos del Himalaya; tenía miedo a los soplos cálidos del viento del Sur, porque calcinaban mis pétalos. Libre de esos temores, ¿a dónde iré a vivir ahora, Padre Indra?

El dios, sorprendido, meditaba, cuando sonó entre los juncos una acorde de lira.

—¡Vahnitil!, —dijo Indra en voz alta— el problema está resuelto, hija mía. Te daré por habitación el corazón del poeta.

El autor de esta leyenda ha dicho la verdad. Y puesto que el bardo que me has presentado, con singular delicadeza ha cantado a la flor, y una vez más demuestra que el poeta precede como creador a toda nobleza convencional, otorgo a Samuel Mercado, hijo de Michoacán, la hermosa tierra de los Pinares y de los lagos, la Rosa Blanca de José Martí, en el nombre de aquella isla "huérfana en medio del mar" (casi como el loto de la leyenda) —como la llamé un día—; en el nombre de Cuba, la Patria Libre que soñé y por la que ofrecí mi vida. En el nombre de Cuba que vive como la flor de loto, como todas las flores, en el corazón de los poetas.

79